

REFERENCIAS BOTÁNICAS EN EL QUIJOTE.

Jorge de las Heras Ibáñez

Jorge de las Heras Ibáñez, Escuela Técnica Superior de ingenieros Agrónomos de Albacete. Universidad de Castilla-La Mancha.

Es profesor Titular de Producción Vegetal del Departamento de Producción Vegetal y Tecnología Agraria de la UCLM. Fue Director de dicho Departamento (1997-2001) y es autor de 60 artículos científicos en revistas especializadas nacionales e internacionales, así como de 5 libros y 15 capítulos de libro, relacionados con ecología forestal y calidad de aguas. Asimismo, es jefe de la sección de limnología aplicada del CREA (UCLM) y es investigador principal de distintos proyectos de investigación nacionales y regionales.

RESUMEN

Con motivo de la celebración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, se realiza un estudio del uso de términos botánicos en dicha obra, incluyendo para ello las principales alusiones a especies vegetales efectuadas por el autor a lo largo de la misma. Para el presente trabajo se ha realizado una prospección de citas botánicas tanto de especies silvestres como cultivadas agrupándolas en árboles y arbustos y plantas herbáceas. Se aporta, además, un análisis relativo a la localización de algunas de las especies referidas así como a la posible intencionalidad del autor, al utilizar dichos taxones en la narración.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo realiza un análisis sobre el apoyo de la ciencia botánica utilizado por Cervantes en distintas partes de la narración de El Quijote. No es posible ser innovador en este campo, al igual que en tantos otros cuando se trata de abrir nuevas puertas en la obra cumbre de la narrativa en lengua castellana, puesto que insignes autores ya realizaron un notable esfuerzo en análisis similares. Así, Maceira (1894) elaboró una primera revisión de las principales citas de especies arbóreas en El Quijote. En este estudio, el autor da cuenta de “*la perfecta apropiación de los árboles que se citan a los distintos sitios donde se desenvuelven los episodios principales de la admirable novela*”, si bien tal afirmación será puesta en entredicho por autores posteriores (Ceballos, 1965). Es precisamente en este trabajo, donde se puede encontrar el análisis más riguroso realizado sobre el uso de términos botánicos en El Quijote. En el mismo, se relaciona un total de 86 citas botánicas utilizadas por Cervantes a lo largo de la narración, entre las que se incluyen tanto espe-

cies silvestres como cultivadas así como flores, frutos, semillas e incluso, malformaciones (agallas), de muchas especies que son referidas en algún párrafo, como después se dará cuenta.

Por último, Del Valle (2002) realizó una amplia y excelentemente documentada revisión de palabras y términos puramente farmacéuticos y botánicos, su significado y aplicación, en la que refiere numerosas citas de especies utilizadas en medicina, en El Quijote.

El objetivo de este trabajo es, por tanto, realizar una revisión actualizada del uso de términos botánicos en El Quijote, sin incluir las numerosas referencias a especies agrícolas (o sus frutos y semillas) tales como: cebolla, nabo, manzana, pera, membrillo, mostaza, dátil, naranjo, níspero, vid, haba, granada, trigo, cebada, zanahoria, etc., y que aparecen aún en sentido figurado. Mejorar, por tanto, el gran trabajo realizado por los autores antes mencionados resulta cuando menos improbable, pero la actualización de algunas citas y la nueva visión ofrecida en el presente trabajo, quizá puedan ser de utilidad. Por otro lado, siempre supone un placer redactar un trabajo científico en Castellano, en una época en la que los textos científicos han de ser, necesariamente, escritos en otra lengua (especialmente, la inglesa) para que sean considerados “de impacto”: Sin duda, es éste un país de quijotes.

En todo caso, pecarás lector de exigente en demasía “*si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo*” (I, 30).

MATERIAL Y MÉTODO

Para la presente revisión se han utilizado distintas ediciones de la obra de Cervantes, principalmente aquella publicada por Alianza Editorial (Sevilla y Rey, 1996), con el texto digitalizado en formato ASCII, lo cual facilita enormemente la tarea de búsqueda y compilación de datos, así como la edición virtual más reciente del Instituto Cervantes (1998-2005) dirigida por Francisco Rico, prolijamente documentada, sin la cual hubiera sido muy difícil la comprensión de distintos conceptos de flora y vegetación que se pueden encontrar en el Quijote. Por otro lado, sólo es considerado el texto escrito por Cervantes para este estudio, prescindiendo de Tasas, Privilegio Real y Testimonio de Erratas, al igual que hiciera García Velasco (2004).

Asimismo se han considerado aquellos nombres vulgares con referencia a especies botánicas silvestres y algunas cultivadas o domesticadas que fueran de uso común, sin tener en cuenta –salvo excepciones– frutos comestibles o tejidos elaborados con fibras vegetales, haciendo hincapié principalmente en lo que se podría considerar la “vis botánica” de la obra.

Para los nombres científicos se ha seguido a Castroviejo *et al.* (1986-2004).

ANÁLISIS DE LAS REFERENCIAS BOTÁNICAS

En una obra con 378.591 palabras de las cuales 22.800 son distintas (García Velasco, 2004), resulta un trabajo prolijo reconocer aquellas que hacen alusión a algún taxon vegetal, especialmente cuando en muchas ocasiones la misma resulta ser una forma vulgar utilizada en los siglos XVI y XVII. No obstante, resulta sorprendente que, una vez efectuada la revisión, la mayor parte de las referencias botánicas encontradas permanecen vigentes hoy en día. Es el caso de numerosos árboles: encina, alcornoque, haya (aunque en la época de Cervantes la forma singular presentaba género femenino: “la haya”), álamo, sauce, fresno, tejo; arbustos: adelfa, retama, jara, romero, e, incluso, de especies herbáceas: caña, lirio, rosa, esparto, hisopo, grama, enea, etc. Otros nombres vulgares tienen un significado variado en función del territorio o del tiempo transcurrido. Así, Sancho dice en II, 4, alardeando de las virtudes de su señor delante del bachiller Sansón Carrasco “*que así acomete mi señor a cien hombres armados como un muchacho goloso a media docena de badeas*”, asimilando el término *badea* al de *melón de agua* (*Cucumis melo*). Sin embargo, en la actualidad este término se utiliza en la zona de los Montes de Toledo, por ejemplo, para hacer referencia a los melones de escasa calidad, poco dulces (“*esto es como el que va a pepinos por la noche y sólo coge badea*” reza un refrán de la zona). En diversos países iberoamericanos, el término sirve para identificar frutos bien distintos al melón, como es el caso de Puerto Rico, donde *badea* es el fruto de *Passiflora quadrangularis*.

Por otro lado, resulta conveniente diferenciar dos estilos dentro de la obra de Cervantes, a la hora de utilizar términos botánicos. Sin duda, los paseos de Don Quijote y Sancho por los campos, a lo largo y ancho de sus salidas, son una importante fuente de términos botánicos, referidos a distintas especies que van encontrando por Sierra Morena, La Mancha, o camino de Zaragoza y Barcelona. En este caso, las plantas son utilizadas para dar realismo al relato, ubicando la acción en un territorio concreto, o bien como parte de un bien útil (medicamento, emplasto, tejido, etc.). En este sentido último, incluso se hace referencia al *Pedacio Dioscórides Anarzabeo* en I, 18, “*aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna*” (al parecer, la versión del doctor Laguna no goza de las simpatías de Cervantes), médico segoviano y catedrático de Alcalá que publicó en 1555 la citada obra.

Sin embargo el uso de las plantas como indicadores del territorio, pierde su carácter testimonial para introducir ciertas licencias literarias cuando, por ejemplo, Cervantes nombra al *haya* (*Fagus sylvatica*), como se verá más adelante. Es un hecho que, tal y como apunta Ceballos (1965), menos del 25% de las alusiones botánicas hacen referencia a la flora local. La fórmula literaria más empleada es, precisamente, aquella en la que los nombres botánicos se relacionan con alimentos, cultivos o forman

parte de una poesía, cuento intercalado o, cómo no, de uno de los innumerables refranes que enuncia Sancho a lo largo de toda la obra, (“Yo apostaré...que ha mezclado el hideo y rro berzas con capachos”). No hay duda de que en este último grupo se encuentran las referencias de mayor simbolismo (aunque qué mayor fuerza simbólica que el hecho de utilizar la corteza de los árboles para escribir poesía en la cual ellos mismos son citados):

“Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas”

Para Ceballos (1965), el hecho de grabar el nombre de la persona amada en la corteza de las hayas pudo ser constatado por Cervantes durante su estancia en el Norte de Italia, lugar donde estos árboles son abundantes.

El paisaje y la vegetación de El Quijote.

Son innumerables los estudios realizados encaminados a describir los paisajes que reconocen Don Quijote y Sancho a lo largo de las dos partes en que se divide la obra (Aguirre, 1963; Moreno y Geysse, 1982; Perona, 1988; de Vargas, 1986), y no es objetivo de este estudio añadir una nueva síntesis de base toponímica. Así, se trata aquí de revisar el enfoque dado por el autor a diversas formaciones vegetales que van apareciendo en la obra, ya desde sus inicios. En este sentido, en el Campo de Montiel hace referencia Cervantes a la *montiña*, como aquel lugar donde el hijo de Carlomagno dejó herido a Valdovinos (I, 5). Más adelante, en Sierra Morena, Cardenio se emboscó entre *esos jarales y malezas* (I, 23), nombrando con ello una de las formaciones más comunes de los suelos silíceos de la mencionada sierra así como de los Montes de Toledo: el matamal dominado por las jaras (*Cistus sp. pl.*), de donde pudiera incluso provenir el término *mancha, maleza* o *maquia* (Quezel, 1982). De la mención del jaral se hace eco Ceballos (1965), el cual apunta, incluso, la posibilidad de una intervención indirecta de Cervantes sobre la ya irreversible regresión del bosque mediterráneo en la época en que fue encargado de la cobranza y acopio para la armada y flotas de Indias, allá por 1587.

Si hubiera que resaltar algún término dentro de este grupo, por las repetidas alusiones al mismo, sin duda éste sería el de *selva*. A este concepto se hace referencia en multitud de ocasiones, cuando alguno de los protagonistas se interna en una densa arboleda. Así, Don Quijote se “embos-

có en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso”, mientras Sanchohabla —en teoría— con Dulcinea (II, 9). La *selva* será, por tanto, sinónimo de *bosque mediterráneo* a lo largo de toda la obra y sus protagonistas se internarán en *selvas* de encinas y alcornoques para hablar de lo divino y lo humano, de Dulcineas y de ínsulas, de letras y armas.

Arboles y arbustos en El Quijote

El árbol más citado en El Quijote es la encina (*Quercus ilex subsp. ballota*; Ceballos, 1965; García Velasco, 2004). Nada menos que en 22 ocasiones aparece esta especie, bien como individuo aislado, bien como formación (encinar), aunque no son pocas las ocasiones en que es mentado su fruto, la *bellota*. Sin duda, tal protagonismo no es casual. La encina es el árbol mediterráneo por excelencia, especie principal de las comunidades maduras que constituyen el bosque mediterráneo y fuente de riqueza en su formación adhesionada. Como dicen Ceballos y Ruíz de la Torre (1979), *desde el punto de vista estético, el encinar forma el más genuino paisaje natural español, mejor valorado por extranjeros que por los hijos de esta tierra*. No es el caso de El Quijote, en el que sus protagonistas pasan un buen número de sus aventuras en uno de los parajes con encinares mejor conservados hasta hoy día de España: Sierra Morena. De hecho, el nombre de esta sierra bien pudiera provenir del color oscuro y apagado del follaje de la encina (Ceballos y Ruíz de la Torre, 1979). Resulta sorprendente, sin embargo, la clara dominancia de esta especie frente al pino (*Pinus sp.*), a propósito del número de veces que aparece en la obra (esta especie tan sólo es citada un par de ocasiones, una de ellas en sentido figurado). O bien el pino no presenta tantas virtudes literarias como la encina, o bien los pinares eran mucho menos abundantes en la época de Cervantes que lo son en la actualidad, lo cual parece más que probable.

La encina es una especie útil para el hombre, como puede comprobarse en El Quijote. Y así, bien es usada para atar a Andrés, el muchacho al que, temporalmente, libra el caballero de la Triste Figura de una paliza (I, 3), bien para dormir a su sombra (sobre todo Don Quijote, mientras que Sancho prefiere el abrigo de un alcornoque II, 12), o bien para que Sancho encuentre refugio, cuando son embestidos por un jabalí (II, 34). Pero si en algo es venerada la noble encina en El Quijote, es por su apreciado fruto. Ahora Don Quijote aquellos años en los que “*a nadie le era necesario para alcanzar su ordinaria sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto*” (I, 11) y es la mismísima duquesa quien pide a Teresa Panza “*hasta dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano*”, dada la aparente fama de hermosura que, por lo que se ve, tenían las bellotas del desconocido lugar de la Mancha donde vivían los protagonistas.

Sin duda, se prefieren bellotas a otros frutos secos del monte mediterráneo, y así cuando charlan Sancho y el escudero del Caballero del Bosque, y mientras Sancho engulle la empanada de conejo albar del segundo, dice quejoso a propósito de su mala estrella: “*a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobos y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes a la estrechez de mi dueño*”.

Pero es casi al final de la obra (II, 70), cuando Sancho pronuncia una de las metáforas más bellas en las que utiliza este árbol emblemático, al responder airado a la ofendida Altisidora: “*Mándote yo, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina*”. No es posible descripción más sintética, y botánicamente afortunada, de la figura de Don Quijote.

Si numerosas son las referencias a la encina, no se andan a la zaga las de otra fagácea también muy mediterránea: el alcornoque (*Quercus suber*). Son 16 las veces que es citada esta especie (García Velasco, 2004), pero parecieran diez veces más: Aparecen alcornocales como percha de zaque de vino (I, 11), para dar nombre a una fuente (I, 12), como refugio de Cardenio (I, 23 y I, 27), ejemplo de dureza de corazón (Dulcinea, I, 25; Sancho, II, 35), lugar de reposo (I, 41), atalaya de Sancho para huir del peligro (II, 14) o como símbolo de entereza de espíritu (II, 45). Pero si curiosas son algunas de las anteriores acepciones del alcornoque, más lo es aún la supuesta transformación de Dulcinea por los malvados encantadores en El Toboso, tras la que Sancho exclama indignado (o mejor declama, como buen actor que es): “*bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcomoqueñas*”.

Pero no sólo estas dos especies arbóreas de la familia de las fagáceas aparecen en el texto. Ciprés (*Cupressus sempervirens*), tejo (*Taxus baccata*), castaño (*Castanea sativa*), haya (*Fagus sylvatica*), sauce (*Salix sp.*) que, por cierto, “*destilaban maná sabroso*” (II, 14), pino (*Pinus sp.*), roble (*Quercus faginea* o *Q. pyrenaica*), cambrón (espino, probablemente de los géneros *Rhamnus* o *Lycium*), cabrahígo (*Ficus carica*, higuera silvestre), álamo (*Populus alba* y *P. nigra*), fresno (*Fraxinus angustifolia*), mirto (*Myrtus communis*), alheña o aligustre (*Ligustrum vulgare*), romero (*Rosmarinus officinalis*), olmo (*Ulmus sp.*), retama (*Retama sphaerocarpa*), jara (*Cistus sp.*), acedero (*Ilex aquifolium*), laurel (*Laurus nobilis*), adelfa (*Nerium oleander*), piruetano (*Pyrus bourgaeana*), aliaga (*Genista scoparia*), tomillo (*Thymus sp.*) y cantueso (*Lavandula stoechas* subsp. *pedunculata*) son los árboles, arbustos y arbustillos que son nombrados en El Quijote. En ciertas ocasiones aparece el fruto de otras especies: avellanas, almendras, algarobas... En todo caso, se podría afirmar que el uso literario de especies leñosas es una herramienta habitual del autor de El Quijote. En algunos pasajes, el nombre de cierta especie va asociado a algún sentimiento. Es el caso del ciprés y del tejo, árboles fúnebres por antonomasia, a los que se añade la adel-

fa, arbusto venenoso muy común en rambblas y ríos mediterráneos. Así, en el entierro de Crisóstomo (I, 13): “*vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa*” y, unos instantes después, “*bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés*”; se une, por tanto el color negro a la simbología de estas especies, ya, de por sí, funesta. En el episodio de las bodas de Camacho (II, 21), cuando entra Basilio en escena a caballo: “*A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro jironado de carmesí a llamas. Venía coronado... con una corona de funesto ciprés*”. El uso del ciprés como elemento funerario fue previamente utilizado por Cervantes de igual forma en el Valle de los cipreses de *La Galatea* (Damiani, 2003).

Otra de las especies arbóreas que aparece frecuentemente en el relato es el antes citado haya (aparece hasta 7 veces; Ceballos, 1965). Se trata éste de un claro ejemplo de la utilización puramente literaria de una especie vegetal en detrimento de su distribución geográfica y de su ecología. Resulta difícil asumir la existencia de esta especie en las distintas localizaciones de la narración, dada la exigencia ecológica y el temperamento de la especie (de igual manera que la referencia al castaño, de localización improbable en Sierra Morena, lugar donde esta especie es ubicada en El Quijote). De hecho, ya Maceira (1894) indica que, “*lo que no es posible disculpar son los hayedos a una jornada del pueblo de D. Quijote*”. En cualquier caso, se trata de árboles que, al igual que los olmos, “*siempre tienen pies, y no manos*” (II, 28) y cuya identificación parece prestarse a confusión, al menos para Cide Hamete: “*Don Quijote, arrimado a un tronco de una haya, o de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era*” II, 68), reviviendo, según los expertos cervantistas, la polémica suscitada por la interpretación del término *fagus* en las *Bucólicas* de Virgilio. Pese a este último requiebro lingüístico de Cervantes, es notable resaltar el noble uso que encuentra Sancho al haya, compartiendo no de manera muy ecuánime, la disciplina necesaria para desencantar a Dulcinea, esto es, tres mil trescientos azotes: “*Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz y dando un desahogado azote en una haya, dijo: — ¡Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son!*” (II, 71); de hecho, fue tan eficaz la sociedad de Sancho con las hayas, que cumplió su castigo en apenas un par de sesiones: “*aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar a Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, a costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima*” (II, 72).

El narrador expresa también sus dudas sobre la identidad de la especie arbórea en II, 29, cuando ya a la orilla del Ebro, Don Quijote “*mandó a Sancho que lo mesmo hiciese del rucio y que a entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo o sauce que allí estaba*”, aunque en este caso, la duda pudiera justificarse en tanto que ambas especies son de ecología semejante (ríparias) y de similar aspecto, quizá, para un profano.

De entre el resto de especies leñosas anteriormente relacionadas, el romero merece mención aparte por varias razones. En primer lugar, simboliza el matorral mediterráneo de manera más directa. En segundo lugar, representa a aquellas especies, principalmente de la familia de las labiadas, que han sido profusamente utilizadas en un sinnúmero de aplicaciones por los distintos pueblos mediterráneos, a lo largo de su historia. Incluso el inglés Tomás Moro escribió: “*En lo que respecta al romero, dejo que cubra los muros de mi jardín, no solamente a causa del aprecio que le tienen mis abejas, sino porque es la hierba consagrada al recuerdo y, por ende, a la amistad; de ahí que un ramillo de la hierba tenga un lenguaje mudo que la hace ser el emblema escogido en nuestros velatorios y en nuestros camposantos*.” En *El Quijote*, el romero es utilizado para sanar la oreja del hidalgo protagonista. De curandero sanador ocasional, ejerce un cabrero: “*y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad*” (I, 11). Tal es la virtud sanatoria del romero, que forma parte de la fórmula del bálsamo de Fierabrás (o del *Feo Blas*, según Sancho): “*Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutarífico bálsamo*” (I, 16), aunque en éste caso, más que propiedades curativas mostró ser un excelente purgante, rivalizando con los tártagos (*Euphorbia lathyris*), herbácea a la que alude Sancho más adelante. Por último, el romero es utilizado como aromatizante y conservante de carne de caza, como se demuestra en II, 34: “*En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto*”, planta ésta, por cierto, poco frecuente en Aragón.

Plantas herbáceas en El Quijote

Como ya se ha referido, son numerosos los alimentos de origen vegetal que aparecen en *El Quijote*, con los que se preparan numerosos platos que han llegado fielmente a nuestros días (Díaz, 1998) pero, tal y como se ha referido anteriormente, dichos ingredientes no son objeto de este trabajo. Por el contrario, especies herbáceas silvestres o cultivadas de otros usos (que pueden incluir eventualmente el alimentario),

aparecen a lo largo de toda la obra, sirviendo como apoyo muy importante a la narración. Podríamos llamarlo el “recurso etnobotánico” de El Quijote, ya que, como bien adelanta Sancho: “*Virtud es conocer esas yerbas, que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento*” (I, 10). Así, el uso en ceremonias religiosas del hisopo (*Hysoppus officinalis*) puede reconocerse ya en I, 6. El cura, que utiliza la mencionada hierba, alude a las propiedades como “purgante moral” del ruibarbo (*Rheum officinale*) en el mismo capítulo. Más adelante (I, 8), el narrador se refiere al profundo sueño de Sancho favorecido por la ingesta de un somnífero –el vino– más eficaz que la chicoria (*Cichorium intybus*) “*no la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria*”.

Más avanzada la narración, el de la Triste Figura, con un puñado de bellotas en la mano y teniendo como auditorio a un grupo de caberos, echa mano del lampazo o bardana (*Arctium lappa*) cuando habla de las liberadas zagalejas de los viejos tiempos: “*y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos mar-tirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazo*” (I, 11).

Cuando Don Quijote se empeña en ir a por el yelmo de Mambrino (I, 21), dice Sancho: “*—Yo me tengo en cuidado el apartarme, mas quiere Dios, tomo a decir, que orégano sea y no batanes*”, haciendo recreación del refrán “a Dios ruega que orégano sea y no alcaravea” y metiendo el dedo, de paso, en la aún reciente herida moral de su amo, tras la frustrante aventura de los batanes.

En algún caso, resulta sorprendente la creación de nombres propios como combinación de varios nombres comunes. En I, 18, Don Quijote cita a un tal *Espartafilardo del Bosque*, nombre creado quizá por la unión de *esparto* (*Stipa tenacissima*) y *filáctigo* cabo de cuerda. El mismo Espartafilardo dice portar en el escudo como empresa una *esparague-ra* (*Asparagus sp.*), planta, por cierto, que simboliza el matrimonio.

El uso poético de nombres comunes de plantas silvestres, es un recurso muy utilizado por Cervantes a lo largo de la obra como símbolo de belleza: “*Rosa entre espinas*”, “*lirio del campo*”, “*jardín lleno de flores y rosas*” o para afianzar una virtud: “*Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois ya que por otro respeto no lo hagáis, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra*” dice Luscinda para expresar la fuerte unión que experimenta por su amado Cardenio (I, 36). En este caso utiliza el nombre de una liana leñosa (*Hedera helix*) de amplia distribución en la geografía española y que simboliza la unión férrea entre dos partes. También como adorno en eventos sociales, como las fastuosas bodas de Camacho (II, 20) en las que las doncellas llevaban “*los cabelllos parte tranzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia; sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madre selva compuestas*” o en los festejos

de la aldea camino de Zaragoza (II, 58): “Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas”. En este sentido, también son utilizados nombres de especies vegetales conocidas por su agradable perfume: algalía (*Hibiscus abelmoschus*), o por su belleza: alhelí (*Cheiranthus cheiri*), lirio (*Iris sp.*) o margarita (*Bellis sp.*).

Resulta especialmente cómico el análisis etimológico que realiza Sancho de la palabra gramática en II, 3: “—Con la grama bien me averdría yo —dijo Sancho—, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo” (grama: *Cynodon dactylon*, gramínea que suele invadir los pastizales, de ahí el dicho castellano: “más borde que la grama”). El mismo Sancho responde indignado al Bachiller Sansón Carrasco, cuando duda de que el primero no se acordará ni de la madre que lo parió cuando sea go b e mador de la prometida ínsula: “—Eso allá se ha de con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo”, ya que las malvas (*Malva sp.*), plantas nitrófilas por excelencia, suelen crecer bien en zonas con acúmulo de materia orgánica (basureros, por ejemplo).

Cuando la condesa Trifaldi narra lo que aconteció a la infanta Antonomasia, tras la muerte de su madre, la reina Maguncia (II, 39), habla de la amargura asociándola al sabor de las tueras o matalobos (*Aconitum napellus*): “—¡Y cómo si queda lo amargo! —respondió la condesa—, y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras”

Por último, no quedaría completa la presente revisión si no se hiciera referencia, siquiera de pasada, a las citas de algunas especies vegetales utilizadas en la narración como parte de un objeto, bien como el objeto mismo o bien como materia prima para la elaboración de ciertos artículos (tejidos, principalmente). Es el caso del mimbre (*Salix viminalis*), no citado por Ceballos (1965), del esparto (*Stipa tenacísima*), el cáñamo (*Cannabis sativa*), la enea (*Typha sp.*), la caña (*Arundo donax*), el junco (*Scirpus sp.* o *Juncus sp.*) o el lino (*Linum usitatissimum*).

Con ello, finaliza aquí este breve análisis sobre las referencias botánicas en El Quijote, más testimonial que exhaustivo, en lo que ha pretendido ser el homenaje de un humilde naturalista a la obra más importante escrita en lengua castellana en la celebración del cuarto centenario de la publicación de su Primera Parte. Pido, por tanto, perdón por aquellos errores que hubiere cometido, y ruego a mis ilustres colegas cervantistas que no me arrojen a la tumba llena de sapos, culebras y lagartos donde fue a parar el Rey Rodrigo para que no tuviere, como él, que decir con voz doliente:

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, L. (1963). Geografía del Quijote. Publicaciones Españolas. Servicio de Publicaciones del M.I.T., 29 pp.
- Castroviejo, S. *et al.* (1986-2004). Flora Ibérica. Real Jardín Botánico de Madrid. CSIC., Madrid.
- Ceballos, L. (1965). Flora del “Quijote”. Discurso de recepción en la Real Academia Española. RAE. Madrid.
- Ceballos, L. y Ruíz de la Torre, J. (1979). Árboles y arbustos. Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes de Madrid. 512 pp.
- Instituto Cervantes (1998-2005). Don Quijote de la Mancha. Francisco Rico (ed.)
- Centro Virtual Cervantes (1998-2005). Don Quijote de la Mancha. Francisco Rico (Ed.). <http://www.cvc.cervantes.es/obref/quijote>
- Damiani, B. (2003) El valle de los cipreses en La Galatea de Cervantes. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante.
- De Vargas, L. (1986). Tierras y lugares de la ruta de “Don Quijote de La Mancha”. Impreso en Hijos de E. Mimesa, S.L., Madrid, 54 pp.
- Del Valle, A. (2002). Botica y Farmacia en el Quijote. Anal. Real Acad. Nac. Farm., 68:23-67.
- Díaz, L. (1998). La cocina del Quijote. Alianza Editorial. Madrid.
- García Velasco, A. (2004). Las palabras del Quijote. Notas introductorias. Portal IV Centenario. Universidad de Alicante. <http://www.cervantesvirtual.com>.
- Maceira, A. G. (1894). Los árboles en “El Quijote”. *Montes*, 18: 1-40.
- Moeno, L. y Geysse, A. (1982). Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes. Temas toledanos; Publicaciones del Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos, 15. Toledo, 53 pp.
- Perona, D. (1988). Geografía Cervantina. Jornadas, Lugares y nuevo replanteamiento de las ruas en “El Quijote de la Mancha”. Albia-Grupo Espasa, Madrid, 205 pp.
- Quezel, P., Tomaselli, R. & Morandini, R. (1982) Bosque y maquia mediterráneos: Ecología, conservación y gestión - Ed.. Serbal, Barcelona.
- Sevilla, F y Rey, A. eds. (1996). Cervantes, M. (1996). Obras completas (vols. 4 y 5). Alianza Editorial. Madrid.